

### **Reeducar una sociedad indolente**

La tragedia de los incendios forestales, capítulo conocido luego de los incendios de Valparaíso, no nos permite concluir más que nuestra sociedad es indolente y mal educada. Ambas características son el reflejo de lo mismo que hemos ido cultivando. Desde la aparición del exacerbado slogan de la protección a los derechos de los niños y de los animales y de cuanta situación extrema haya, nos vemos sometidos a estándares de exigencia más alto, de manera tal que, la gran masa no se atreve a hacer frente a situaciones graves, para no quedar como el pesado, el intransigente o el extremo severo.

Luego de observar las constantes denuncias por abusos de la política, ¿a quién le puede importar fumar y tirar la colilla encendida por la ventana del auto?, o ¿el envoltorio de un helado, chocolate o sándwich?, o ¿una simple botella? Para que decir de un colchón, ropa o desechos orgánicos en las laderas de los cerros. Lo fácil es hacerlo al amparo de la oscuridad o sabiendo que nadie dirá nada, pues todos hacen lo mismo. Lo complejo es poder aprender a ver que tan sólo un objeto o la suma de ello provocarán un desastre como los que se están viviendo, o ya se han vivido en Caldera con la crecida del río, o en Punta Arenas, cuando en 1992 nos tocó también.

Esto no es un tema de la falta de la debida prevención por parte de la autoridad, como alguien pueda llegar a acusar de manera mezquina. Es labor de absolutamente toda la comunidad. Nadie puede estar indiferente y menos indolente.

Desde la restauración de la democracia, pasamos del rigor de la amenaza y el castigo, a la permisividad, altanería y prepotencia, desatendiendo la real posición en que se encuentra cada persona en el seno de la sociedad. Pareciera que sólo unos están llamados a votar, trabajar, erigir o criar familias y emerger, mientras otros siguen siendo simples observadores del entorno. Ello mientras no le afecte, pues sino serán los más enconados críticos.

Una generación enorme que ha sido permeable a la irreverencia y que fue enseñada con padres ausentes y educación de mala calidad, no está capacitada para enseñar con normas básicas de conducta a los que vienen detrás. Hoy el estar pegado en el celular en la casa, en el trabajo, mientras se camina o se maneja, se ha transformado en un hábito que resultará muy difícil de erradicar. No importa cuántos accidentes ocurran por su causa, ni las muertes y el dolor que ello cause en los que quedan. Para que decir, entonces, de no tirar una botella de vidrio en el campo. El mundo real de alrededor se redujo a una pantalla diminuta.